

adelante la vida de millares de individuos útiles. Entonces podrá decirse de mí que hasta en el borde de la tumba me consagré á la felicidad de mis semejantes. Tampoco ignoro que la muerte no descubre los arcanos de la vida; pero por el modo particular de aquella se confirma quizas una ley del organismo, ó se rebate otra cuya admision podia traer funestas consecuencias. ¡Sabe Dios si mis pobres restos llegarán á prestar un servicio de tanta importancia!

HE DICHO.

Barcelona 21 de agosto de 1851.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

## EL SISTEMA HOMEOPÁTICO.

---

### MEMORIA

leida el dia 22 de noviembre de 1851 en el ejercicio de oposicion á una de las plazas vacantes de socio de número

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA,

POR

**D. Juan Ramon Campaner,**

*Doctor en ambas facultades, Regente entonces de Historia y de Geografía, y ahora  
Socio de número y Secretario de gobierno de la misma Academia,  
Corresponsal de la de Palma, etc. etc.*

MEM. DE LA ACAD. DE BAR.



EL SISTEMA HOMEOPÁTICO

MEMORIA

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJIA DE BARCELONA



---

---

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE EL SISTEMA

**HOMEOPÁTICO.**

Es muy digno de elogio y las generaciones futuras recordarán con agradecimiento, que todos los que sienten en su pecho, ardiente y viva llama del amor á los adelantos intelectuales y se lamentan del atraso en que se encuentra la mas útil, la mas necesaria de todas las ciencias, la medicina, redoblen sus esfuerzos, á fin de contribuir con algun material á la construccion del vasto edificio que le estan levantando los siglos. Porque preciso es confesarlo, M. I. Sr., las ciencias médicas, aunque reciben cada dia nuevo incremento, están todavia muy distantes de haber adquirido aquel grado de perfeccion de que son susceptibles. Poseemos, es cierto, algunas verdades fundamentales, que han costado largos años de investigacion y de estudio; poseemos nociones exactas sobre el modo de obrar de algunos medicamentos; conocemos la especificidad de otros y tenemos métodos, mas ó menos apropiados, á la curacion de muchas dolencias; pero un cuerpo completo de doctrina ¿por qué no decirlo ante V. S.? está to-

davía muy distante de hallarse formado. Solo despues de haber profundizado los arcanos de la medicina, y probado en el crisol de la esperiencia las teorías que á primera vista le halagaban, ve el médico en la cabecera del enfermo, cuanto le falta de exactitud á la primera de las ciencias, á la que está destinada á restablecer la calma y la armonía en las funciones humanas, durante las tempestades en que la vida zozobra y algunas veces sucumbe.

Y lentos deben ser, no hay que estrañarlos, sus progresos. Es demasiado estenso, demasiado complicado, el mecanismo de la organizacion humana; es tal la multitud de sus funciones, y se hallan estas tan sujetas á variaciones y á influencias eventuales, imposibles de evitar y aun de observar á veces, y casi siempre difíciles de comprender y demostrar; que muy cautamente debe andar el médico, si quiere sorprender los misterios de la naturaleza, é interpretarlos con fidelidad, ageno de toda preocupacion sistemática. A esto contribuye tambien la absoluta ignorancia en que estamos de las leyes de lo que llamamos fuerza vital: la ciencia médica aguarda un Newton. ¡Cuánto se simplificará la curacion de las enfermedades cuando conozcamos, si nó la esencia de la vida, al menos las leyes del ritmo normal que ella sigue!

Y mientras llega este dia, que tal vez nunca lucirá, no es estraño, M. I. Sr., que algunos ingenios de una imaginacion ardiente, inventen sistemas, y den como teorías seguras las visiones de su fantasia, cautivando la atencion general, y fundando escuelas que tienen por mas ó menos tiempo una influencia marcada sobre el horizonte médico. Saliéndose en este caso, del único carril que puede conducirles á buen término, que es el de la esperiencia, con atrevida mano borran del mapa de la ciencia, de una sola plumada, las costosas conquistas que la medicina ha hecho durante los siglos que nos separan del anciano de Coos.

Sin embargo no todo es absurdo siempre en estos sistemas,

y pocos son los que no arriman al pasar una piedra al edificio de la medicina. Pocos son los que no nos dejan ó algun método curativo aplicable en ciertas y determinadas circunstancias, ó un conocimiento mas estenso de la potencia de algun medicamento, ó un medio de administrarlo desconocido antes, ó un nuevo tratamiento especial. Flores son estas, que aunque esparcidas al acaso, son recogidas con cuidado por el médico práctico; y dia vendrá en que se encuentre el hilo que las una todas, y en que se pueda entretejer con ellas una hermosa guirnalda á la medicina.

Uno de estos sistemas, y no de los mas recientes, es el que me propongo examinar; y ha motivado mi eleccion el deseo de escoger para la memoria que debo leer ante V. S., un asunto que, como decirse suele, escite el interes del momento, un asunto de *actualidad*.

Hablo del sistema homeopático. Y por cierto que una doctrina, que despues de haber sido juzgada por toda Europa, se presenta entre nosotros y logra formar prosélitos, no como quiera sino ardientes entusiastas, bien merece que con atencion se la examine.

Y no se crea que esta doctrina, despues de cincuenta años de existencia, fuese ignorada de los médicos españoles: conocianla, sí, en los libros y aun la habian ensayado algunos; pero mas cuerdos y mas cautos en general que los estrangeros, no se atrevieron mas que algunos pocos á practicarla al verla desairada de todas las corporaciones y de todas las notabilidades científicas de la época; y hasta que causas, que no son de este lugar referir, la dieron en Madrid algunos representantes, pasó cuasi desapercibida para muchos y confundida con el gran número de sistemas exagerados que engendra la imaginacion entusiasta de los alemanes. La moda, que tanta influencia tiene entre ciertas clases, no ha sido estraña á la boga que ha gozado en la corte la homeopatía; y la moda hala estendido tambien hasta las provincias; pero

no ha logrado engendrar en ellas, forzoso es decirlo, el número de prosélitos que allí formárá.

O yo me engaño mucho, ó el exámen que voy á hacer de la homeopatía no puede serle favorable; pero al atacarla, atacaré la doctrina nó las personas. Respeto las opiniones de los otros comprofesores, como deseo que se respeten las mias; y si algun grito un poco enérgico me arranca lo que yo juzgare futilidad del dogma, nunca irá dirigido al sacerdote que le enseña. Mal camino tomaria para subir hasta una Corporacion que en este tiempo de crisis, de discusion y de duda, debe de ser todo moderacion y templanza, el que tomára por peldaño la personalidad y el insulto.

El fundador del sistema homeopático fué Samuel Hahnemann, nacido en Meissen, pequeña ciudad de Sajonia, en 1755. Estudió y practicó la medicina; pero con tan mal éxito al parecer, que se vió precisado á abandonarla y volver al oficio de traductor que habia ejercido ya.

Un dia, mientras estaba traduciendo el artículo de la quina de la *Materia médica* de Cullen, le chocaron las diferentes teorías, por las que se habia querido explicar la accion de esta substancia en las calenturas intermitentes, y determinó ensayarla en sí mismo. Tomó al efecto por muchos dias repetidas dosis de la corteza peruviana — y advierto de paso que estas dosis no eran infinitesimales — y esperiméntó, segun dice, un estado febril análogo al que la quina cura. El mercurio, la belladona y la digital, que despues ensayó, le dieron iguales resultados, y le indujeron á establecer como principio: que todo verdadero remedio, debe producir en el hombre sano una enfermedad análoga á la que puede curar. Sentada esta base, quiso formar un cuerpo completo de doctrina, que publicó en 1810, bajo el título de *Organon del arte de curar*, proclamando el aforismo *similia similibus cu-*

*rantur* y substituyéndole al *contraria contrariis* de la medicina antigua.

No entraré en otros pormenores biográficos de Hahnemann, porque no trato aquí de escribir su vida sino de señalar solo el origen de su doctrina. Vamos á examinarla pues ahora, aunque de un modo rápido, cual conviene á la índole y límites de esta memoria.

Antes de entrar en materia, debiera yo, si quisiese seguir paso á paso á Hahnemann, vindicar á la medicina secular de los ultrages de mal género que gratuitamente él la prodiga. Debiera manifestar que los médicos no han sido durante tantos siglos, unos charlatanes y embaucadores, como él supone, y que la medicina nunca ha ido al remolque de las demas ciencias, sino que, espejo siempre fiel de la filosofía reinante, no merece mas calificacion que la que se dé en cada época á los demas ramos del saber humano; pero una pluma mas fecunda se ha encargado ya de esta tarea, y por otra parte ¿qué necesidad hay de sostener la imágen de la medicina sobre el pedestal en que la han colocado los siglos, si ni siquiera han logrado bambolearla los desesperados esfuerzos de estos nuevos iconoclastas? (1) Dejemos pues estas pequenezes del corazon humano, y compadezcamos al médico que, olvidando la dignidad de su sacerdocio, quiere ensalzar el parto de su imaginacion, á espensas del honor del símbolo de su culto. Y sin embargo esta es la táctica constante de todos los novadores: el pasado les hace sombra y quisieran verle mancillado á toda costa.

Pasemos sumariamente en revista los dogmas de la nueva escuela.

«La vida es efecto de la accion continua de un principio inmaterial, dinámico, la fuerza vital. La regularidad de las funciones de esta fuerza constituye la salud; sus irregularidades la enfermedad.

(1) Véanse las notas al fin.

«Las enfermedades resultan pues de la alteracion dinámica de esta fuerza, y de consiguiente son modificaciones dinámicas y espirituales; cambios en el modo con que siente y opera el organismo.

«Las enfermedades no pueden manifestarse, ni de consiguiente llegar á nuestro conocimiento, sino por el conjunto de sus síntomas. No puede haber, pues, otro diagnóstico racional, que el que se funda en la observacion y anotacion de este conjunto de síntomas.

«La homeopatía de ningun modo debe inquirir la esencia de las causas próximas de las enfermedades, pues las mira como incomprendibles.

«Reunida la totalidad de los síntomas de una enfermedad tiene el médico un cuadro completo de ella, y nada mas necesita saber.

«No hay, pues, en una enfermedad mas que los síntomas que puedan ser objeto de la curacion: disipados todos, el enfermo está curado.

«No puede haber alteraciones parciales de la fuerza vital una é indivisible; ni por consiguiente, enfermedad alguna local. Una enfermedad afecta todo el organismo.

«Las enfermedades no pueden curarse sino por agentes que modifiquen el cuerpo dinámicamente. Los medicamentos obran de un modo virtual y dinámico.

«Los medicamentos determinan en el organismo modificaciones idénticas en el estado de salud y en el de enfermedad: así es que la potencia curativa de los medicamentos, de ningun modo puede manifestarse mas claramente que por los síntomas que producen estos en el hombre sano. Es pues necesario para descubrirla, experimentar sus efectos en este, esto es lo que se llama la *esperimentacion pura*, único criterio que puede dar resultados satisfactorios.

«La trituracion, la dilucion y el sacudimiento, desarrollan prodigiosamente la energia de los medicamentos, hasta

el punto de que muchas substancias que en su estado natural no tienen accion notable en el hombre, como el carbon vegetal, el licopodio, el oro, la sílice, etc., adquieren por estos medios propiedades medicinales de una actividad extraordinaria. Estas manipulaciones producen lo que se llama la *dinaminacion* de los medicamentos.

«Los semejantes se curan con los semejantes: *similia similibus curantur*.

«La indicacion terapéutica capital de toda enfermedad es emplear el medicamento cuyos síntomas tengan la mayor semejanza posible con los de esta, segun los datos de la materia médica pura, es decir el medicamento homeopático.

«Los medicamentos no deben darse á dosis fuertes, sino solo á las que basten á promover la reaccion de la fuerza vital.

«La esperiencia ha demostrado que los medicamentos deben darse á dosis muy pequeñas, en globulillos, embebidos en millonésimos de substancia medicinal. ya en seco, ya disueltos en agua, ya de una vez, ya en porciones refractas, mas ó menos repetidas, de la disolucion.

«La potencia de los medicamentos aumenta sucesivamente desde las bajas á las altas atenuaciones, sean trituraciones ó diluciones.

«Los medicamentos atenuados hasta las mas altas potencias infinitesimales, producen grandes y seguros efectos curativos por sola la olfacion.

«Las enfermedades crónicas son producidas siempre por tres miasmas: la sífilis, la sícosis, ó principio de las berrugas, y la psora que es el virus de la lepra; y además por el abuso de medicamentos alopáticos.»

Esta doctrina que he procurado extraer fielmente se encierra en tres principios que son:

1.º Dinamismo vital y esencia de las enfermedades.

2.º Homeopaticidad ó ley de los semejantes *similia similibus*, y esperimentacion pura.

3.º Dosis infinitesimales.

Examinémosles sucesivamente.

DINAMISMO VITAL.

Si traducimos estas palabras á un idioma completamente inteligible, dinamismo vital no quiere decir mas que fuerza vital,—y así la denomina el mismo Hahnemann—que es la naturaleza de Hipócrates; fuerza vital que sostiene la vida, y sin la cual no se pueden explicar muchos de los fenómenos de los seres organizados.

Yo que soy vitalista por convicción, no me detendría en el exámen de este principio, si no descubriera en los homeópatas una tendencia marcada á aislar la fuerza vital de la materia orgánica. ¿Qué es esta fuerza espiritual independiente del alma, independiente de la materia, y subsistente sin embargo por sí misma? Yo bien sé, que Hahnemann dice: que la fuerza vital y el organismo no forman mas que un ser; y que si nuestro espíritu divide esta unidad en dos ideas, es solo por comodidad; pero pronto veremos que los homeópatas prescinden enteramente del organismo, que le miran como un instrumento pasivo, y que aquella fuerza hiperbólica lo explica todo, lo es todo, y el organismo nada. El organismo material, dice Hahnemann, supuesto sin fuerza vital, no puede ni sentir, ni obrar, ni hacer cosa alguna para su propia conservación. Y pregunto yo ahora ¿puede la fuerza vital ni sentir, ni obrar, ni hacer cosa alguna para su propia conservación sin el organismo?

Pero si proclaman los homeópatas con tanto empeño este hipervitalismo, tan parecido al arqueo de Val Helmoncio y al espiritualismo de Stahl, no es seguramente por el principio en sí mismo; sino porque sin él no se podrían explicar de un modo plausible, la acción de las pretendidas dosis infinitesimales que examinaremos mas adelante. «Rechazad el

dinamismo vital, dice Giraud, uno de los partidarios de Hahnemann, y no os daréis cuenta de nada, poseeréis hechos, pero nó doctrina. Admitid al contrario con Hahnemann, que durante la salud una fuerza espiritual—antocrática, fuerza vital—rige el organismo y sostiene la vida; que cuando el hombre cae enfermo, esta fuerza espiritual activa por sí misma y presente en todas las partes del cuerpo, es desde luego la sola que se resiente de la influencia dinámica del agente hostil á la vida; y entónces comprenderéis que, no pudiendo obrar la materia sobre un cuerpo inmaterial, vuestros medicamentos deben estar dotados de una fuerza dinámica; admitis el dinamismo medicinal; vuestro espíritu no repugna la acción de las pequeña dosis; podeis pues rechazar victoriosamente los ataques dirigidos contra los partidarios de las altas dinimizaciones.»

¿Por qué pues detenerme en refutar un principio que se admite solo por recurso, y un principio que yo mismo no tendria ninguna dificultad en sostener, dentro de ciertos límites, pero que llevado hasta tal exageracion es un absurdo? Porque efectivamente, Señores, el concebir de este modo la vida, el hacerla independiente de las lesiones orgánicas, el establecer un divorcio completo entre sus leyes y las leyes físicas y químicas, es en la actualidad un verdadero retroceso. Y por otra parte, cuanto afirman los homeópatas sobre la esencia del dinamismo vital, sobre su unidad, su poder ilimitado en la economía, su desarmonizacion y sus alteraciones, es una mera hipótesis, que los hechos, única sancion de las verdades médicas, no siempre confirman.

Como los homeópatas para nada necesitan el organismo, hacen consistir únicamente la enfermedad en la desarmonizacion de la fuerza vital: y lo que á primera vista parece un contrasentido, estudian solo la corteza de la enfermedad sin remontarse á su causa próxima; estudian solo los síntomas, y aun miran el conjunto de los síntomas como la única imá-

gen de la enfermedad, sin averiguar cuál es la entraña que está afectada, y qué clase de lesión puede producir aquel aparato de síntomas. «Hahnemann, dice José Frank, se aplica exclusivamente al estudio de los síntomas y descuida de un modo cuasi vergonzoso la etiología y el diagnóstico.» De aquí el desden con que miran los homeópatas la anatomía patológica, que tanta luz ha difundido por toda la medicina en estos últimos años. (2)

Para ellos no hay enfermedad ninguna local, ni los órganos pueden estar primitivamente enfermos. Siempre que se desarrolla una afección cualquiera, es á consecuencia de la desarmonización del dinamismo vital. Las enfermedades van siempre del centro á la circunferencia, nunca de la circunferencia al centro; siempre de la vida espiritual á los órganos materiales, nunca de los órganos materiales á la vida espiritual. El dinamismo vital es solo el que siente la influencia de un agente hostil, él solo el que, despues de haber sido desarmonizado por esta percepcion, puede proporcionar al organismo las sensaciones desagradables que experimenta, y compelerle á las acciones insólitas que se llaman enfermedades. Nada hay de material en esto. Los desórdenes orgánicos que se manifiestan mas tarde no son mas que un producto de los actos desordenados de la fuerza vital desarmonizada por el agente morbífico, y estos desórdenes no se pueden considerar como enfermedades locales, pues son efecto de la enfermedad general.

Hé aquí completamente desarrollada la teoría homeopática de la enfermedad; y confieso ingenuamente que es para mí un misterio incomprensible el que una fuerza espiritual pueda obrar sobre un organismo material, sin que su acción sea recíproca, es decir, sin que esta fuerza pueda ser afectada por el organismo: pero bien se pudiera disimular esta exageración vital á un sistema nacido en lo mas fuerte de la reacción espiritualista de la Alemania, si sus consecuencias

no tocáran tan de cerca á lo mas importante que tiene el hombre en este mundo: la salud y la vida.

No me detendré en probar la existencia de las enfermedades locales, que no se podrán mirar como afecciones generales, mientras no tergiveremos la significación del lenguaje, y no confundamos completamente cuantas nociones existen y cuantos hechos se concen en fisiología y en patología. ¿Nunca habrán visto los homeópatas una afección limitada exclusivamente á un órgano? ¿Nunca habrán sufrido ni una caries en un diente, ni un rasguño en una pierna, ni siquiera un sabañon que les haya impedido andar, sin quitarles por esto el apetito, ni el sueño, ni alterarles en lo mas mínimo el dinamismo vital? Y no se me diga que estas afecciones pertenecen exclusivamente al dominio de la cirugía, porque entónces creeré que se quiere, ó dividir el hombre en interior y exterior, ó substraer ciertos órganos al exclusivo dominio de la fuerza vital, ó hacer esta fuerza múltiple, lo que aumentaria la dificultad en vez de resolverla. Hasta se presentan, en algunas ocasiones, ciertas afecciones, que al principio están limitadas á un órgano, y que, si no logran resolverse dan lugar al desarrollo de los prodromos de una afección general, como frio, ansiedad, calentura, etc., y aquella enfermedad local pasa á una verdadera enfermedad general aguda. No quiero molestar la paciencia de V. S. aduciendo ejemplos que confirmen lo que acabo de decir, siendo estos como son, tan frecuentes en la práctica de la medicina.

Otra objeción me resta que hacer á este principio, y quiero hacerla por boca de uno de los partidarios de la escuela que combato. «En el principio fundamental de Hahnemann que domina toda su filosofía patológica, dice el Doctor Hissern, faltan de toda evidencia las manifestaciones de las enfermedades que dependen de la alteración de los órganos en su composición material. Preocupado el inventor del princi-

pio terapéutico de los semejantes, del dinamismo de la enfermedad; solo ha dado importancia en esta parte de su doctrina á la modificación dinámica de la vitalidad, y á las manifestaciones igualmente dinámicas de este cambio, de esta modificación, de esta alteracion desconocida: esto es, á la alteracion, al desorden, á la perturbacion del modo natural de sentir y operar el organismo; ó lo que es idéntico á las perturbaciones de sensacion y de accion de este organismo, únicas que pueden constituir los síntomas de las enfermedades, en la filosofía patológica de Hahnemann.

«Esta asercion se deduce rigurosamente del aforismo 11 del Organon.

«Cuando el hombre cae enfermo, dice, la fuerza vital es «la única que al principio se resiente de la influencia dinámica del agente hostil á la vida. Siendo invisible por sí misma esta fuerza, y no pudiendo ser reconocida sino por «los efectos que produce en el cuerpo, no espresa ni puede espresar su desacuerdo, sino por una manifestacion «anómala en el modo con que siente y opera la parte del «organismo accesible á los sentidos del observador y del médico, por síntomas de enfermedad.»

«No se trata, pues, de otra cosa en esta parte de la filosofía médica de Hahnemann que de modificaciones dinámicas de la vitalidad, y de manifestaciones dinámicas del organismo: la estática del organismo, las alteraciones materiales del cuerpo, efecto unas veces, y otras causa interna ú orgánica de las modificaciones dinámicas de la vitalidad y de las perturbaciones funcionales de la vida, con que estas modificaciones se manifiestan principalmente, están excluidas del principio fundamental de la filosofía patológica de Hahnemann.

«Verdad es, que Hahnemann mismo, y sobre todo sus discípulos en los tiempos sucesivos, han dado bastante importancia á las condiciones materiales ó estáticas del cuerpo

humano, en el estudio sintomático de cada enfermedad y de cada medicamento; pero no lo es menos que las consideraciones patológicas y terapéuticas, relativas á estas condiciones materiales ó estáticas, anatómicas, físicas y químicas, son un abuso del principio de Hahnemann, son una digresion de la base fundamental de su filosofía patológica. Es pues necesario reformar esta parte filosófica, esta base, este principio del ilustre fundador de la doctrina homeopática.

«Nosotros vitalistas positivos en fisiología y en medicina, como Hahnemann y á la manera de Hahnemann, como somos dinamistas en física á la manera de Newton, y en química á la manera de Bergman, de Lavoisier, etc., creemos sin embargo, que merecen mas importancia de la que les atribuye Hahnemann, en la manifestacion de las enfermedades, las alteraciones materiales ó estáticas de los órganos.

El gran Leibnitz reformó en tres palabras el célebre axioma de Aristóteles *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, añadiendo simplemente *nisi intellectus ipse*.

«Nosotros imitarémos á Leibnitz, y reformarémos con dos solas el principio incontestable, pero incompleto de Hahnemann.

«Hahnemann dice que las enfermedades resultan de la alteracion dinámica ó virtual de la vitalidad: y que se manifiestan por cambios en el modo de sentir y operar del organismo.

«Nosotros asentamos como Hahnemann que las enfermedades resultan de la alteracion dinámica ó virtual de la vitalidad; pero decimos que se manifiestan ó pueden manifestarse por cambios en el modo de sentir, de operar y de ser el organismo; ó lo que es idéntico, por cambios, alteraciones ó perturbaciones en las sensaciones, en las acciones, ó en la disposicion material del organismo.»

Hasta aqui el Dr. Isern.

Prescindo de la paridad que pueda haber entre esta cor-

reccion y la de Leibnitz, y de si ella basta efectivamente para explicar cuantas alteraciones nos manifiesta la anatomía patológica, pero no puedo menos de decir, que muy fuerte lucha interior habrán tenido que sostener los homeópatas antes de decidirse á confesar esta falta tan trascendental, de un ídolo á quien profesan veneracion sin límites: falta que manifiesta cuán manca es una doctrina médica que descuida todo un órden de lesiones, y que basta tal vez por sí solo para destruir su teoría.

Al examinar las obras de Hahnemann se tropieza con otra idea que parecerá estraña despues de la importancia que, como se ha visto, dan los homeópatas á la autocracia del dinamismo vital, y que por lo mismo no debe quedar desapercibida. Si hay una doctrina generalmente admitida en medicina es la influencia de la fuerza vital en la curacion de las enfermedades. Ningun médico, que merezca este nombre, cree curar por sí mismo los enfermos: quien los cura es la fuerza vital, la fuerza medicatriz, la naturaleza: *natura sanat, medicus curat morbos*. La naturaleza cura las enfermedades, algunas veces sin el auxilio del arte, otras con todos los métodos, y otras tambien á pesar de los métodos empleados. Toda curacion es efecto de un trabajo interno, de una operación vital, cuyo fin es modificar el estado del organismo convirtiéndole de anormal en normal, convirtiendo la enfermedad en salud. En las enfermedades quirúrgicas esta operación se efectúa cuasi se puede decir á nuestra vista, por medio de la exudacion, aglutinacion, supuracion, eliminacion de las partes muertas, regeneracion, etc., y aunque en las enfermedades internas no podemos ver materialmente estas operaciones curativas, la analogía no nos deja dudar que se efectúan, y que á ellas se debe el restablecimiento del equilibrio. Y no solo sucede esto en las enfermedades agudas, sino tambien en las crónicas.

En ninguna ocasion aparece con mas evidencia esta fuerza curativa interior que en las maravillosas modificaciones llamadas crisis, transformaciones y metástasis, las cuales produce las mas veces de un modo inesperado y sorprendente, y cuyo efecto en muchas circunstancias es anonadar ó transformar de repente una enfermedad grave, que por largo tiempo se habia resistido á los medios del arte. Asi un enfermo, á quien al declinar el dia dábamos por desahuciado, se cubre durante la noche de un sudor copioso, y cuando le visitamos á la mañana siguiente, le encontramos fuera de peligro.

Tal es el verdadero sentido de la escelsa palabra *crisis*, dice Hufeland, que de la mas remota antigüedad encierra un significado tan sublime y misterioso. No es ciertamente la evacuacion critica ó el cambio visible al exterior el que forma la base de los fenómenos que afectan nuestros sentidos, sino el trabajo curativo interno, la íntima elaboracion de la enfermedad, el efecto de la fuerza que la naturaleza emplea en asimilar, eliminar, transformar y crear. Hé aqui lo que quiere decir la palabra *crisis*, y lo que al pronunciarla han entendido todos los médicos que han sido fieles observadores de la naturaleza; que han investigado los arcanos de la ciencia, sin obcecarse con los sistemas de escuela, desde Hipócrates hasta Sydenham, Hoffmann y Boerhaave.

Sentado esto, ¿quién creyera al ver la importancia que Hahnemann da al dinamismo vital que le habia de despojar de esta potencia curativa, ó que la habia de limitar por lo menos á un muy corto número de casos? ¿quién habia de creer que despreciando los esfuerzos terapéuticos que hace la fuerza vital habia de mirar las crisis como otros tantos esfuerzos infructuosos de la *grosera naturaleza* — asi la llama — para hacer cesar la enfermedad; y como esfuerzos que no de alivio, sino de perjuicio sirven al enfermo? El empeño

que en desacreditar á la naturaleza pone Hahnemann, manifiesta que presentia ya, ó conocia bien, que su método se miraria con el tiempo como un método simplemente expectante; y que las curaciones, por semejante camino obtenidas, solo á la *grosera* potencia que él afectára despreciar serian atribuidas.

No me detendré mas en este asunto, porque me engolfaria en una larga discusion fisiólogo-patológica completamente inútil, si como creo, de lo dicho anteriormente se deduce, que no pudiendo existir la fuerza vital sin el organismo, su accion ha de ser recíproca, y que por consiguiente, no solo las afecciones orgánicas pueden ser efecto de la desarmonizacion del dinamismo vital, sino que el dinamismo vital puede desarmonizarse á consecuencia de los desórdenes del organismo. Y si esto es asi, como no lo dudo, para nada se necesita el hipervitalismo de Hahnemann, y es de ningun valor su teoría de las enfermedades, que es lo primero que me habia propuesto demostrar.

Pasemos al segundo principio de la misma escuela.

LA HOMEOPATICIDAD Ó LA LEY DE LOS SEMEJANTES, *SIMILIA SIMILIBUS*, Y LA ESPERIMENTACION PURA.

Ya he indicado mas arriba que no son los medicamentos, ni los medios terapéuticos, los que curan directamente y por su propia virtud la enfermedad; sino que solo se pueden considerar como potencias indirectas ó auxiliares, que modificando convenientemente el organismo, ayudan al verdadero, al único agente de la curacion de nuestros males que es la fuerza vital. Ella hace esfuerzos saludables para restablecer el orden de las funciones, y para reparar las alteraciones orgánicas; y para conseguirlo es necesario que se reaccione contra la accion de la causa morbífica; ayudada, cuando no puede sola, de los medios que suministra el arte. Si el arte

pues puede allanar el camino á la naturaleza, si puede favorecerla en sus operaciones, si puede ayudarla en sus reacciones, será solo, tome el camino que quiera, oponiéndose directamente al mal, y procediendo segun la invariable ley de los contrarios.

Este es el motivo porque la medicina secular siempre ha mirado como un lema invariable: *contraria contrariis curantur*.

No lo entendió así seguramente el médico sajón cuando substituyó á este principio el de *similia similibus curantur* que está grabado en el estandarte de su escuela.

Ya hemos visto por qué camino fué conducido á este pretendido descubrimiento: esplanémosle ahora, y veamos cómo ha sido recibido por la medicina secular.

«El método homeopático, dice Hahnemann, es aquel en que se busca para dirigirle contra la universidad de los síntomas del caso morbozo individual, entre todos los medicamentos, aquel cuyo modo de obrar sobre el hombre sano, se conoce bien y que posee la facultad de producir la enfermedad artificial mas semejante á la enfermedad natural que se tiene á la vista.

«Mas el único oráculo infalible del arte de curar, la *experiencia pura*, nos enseña, en todos los ensayos hechos con cuidado, que en efecto el medicamento, que obrando sobre los hombres perfectamente sanos, ha podido producir síntomas los mas semejantes á los de la enfermedad que nos proponemos tratar, posee tambien realmente, cuando se le emplea á dosis suficientemente atenuadas, la facultad de destruir de una manera pronta, radical y duradera la universalidad de los síntomas del caso morbozo, la enfermedad presente toda entera; ella nos demuestra que todos los medicamentos curan las enfermedades cuyos síntomas se asemejan todo lo posible á los suyos, y que entre estas últimas, no hay ninguna que no ceda á su accion.

« Este fenómeno se funda en la ley natural de la homeopatía, ley desconocida hasta el día, aunque se haya tenido alguna vaga sospecha de ella, á saber : que una afeccion dinámica, en el organismo viviente, es estinguida de un modo duradero por una mas fuerte, cuando esta, sin ser de la misma especie que ella, se le asemeja mucho en cuanto al modo de manifestarse. »

Hé aquí establecida por Hahnemann la homeopaticidad entre la enfermedad y el medicamento, hé aquí establecida la esperimencion pura para conocer los síntomas patogenéticos de los medicamentos. Examinémoslas sucesivamente.

Quando Hahnemann emitió el principio terapéutico *similia similibus curantur*, probó su aserto apoyándole en los hechos sacados de la medicina anterior. No hay ninguna duda que flegmasias locales se curan muchas veces con la aplicacion directa de substancias irritantes, que causan una inflamacion análoga, inflamacion terapéutica que se substituye á la irritacion primitiva. Esto sucede con mas constancia, cuando las inflamaciones son especificas y producidas por causas deletéreas *sui generis*. Quién no ha visto partes inflamadas, escoriadas, ulceradas, bañadas de supuracion abundante y próximas á desorganizarse, curadas con prontitud con medicamentos enérgicos, tales como las cantáridas, los ácidos y los alcalis minerales, las soluciones fuertes de nitrato de plata, de sales cobrizas, etc., y aun con los cáusticos mas enérgicos? ¿Quién no se ha valido, cuasi con un éxito milagroso, del nitrato de plata en las oftalmías purulentas y en las úlceras de la córnea y demas membranas oculares; del vino aromático, de soluciones del nitrato de plata y del ácido nítrico diluido, en los flujos blenorragicos y leucorróicos; de las decocciones de brea y de resina en úlceras vesicales gravísimas? Esto que es verdadero en las enfermedades esternas, lo es seguramente mucho menos en las afecciones internas, pero deslumbrado Hahnemann por una idea

que habia sido el primero en columbrar, se exageró muy pronto como todos los innovadores, la importancia de su descubrimiento, generalizándole demasiado.

Ya hemos visto que ensayando en sí mismo la accion de la quina, creyó que esta substancia le ocasionaba una especie de intermitente; ¿qué diria pues Hahnemann, si se le manifestase que la accion fisiológica de la quina, está muy distante de presentar fenómenos análogos á los que produce el miasma pantanoso que da origen á aquella afeccion, que sus síntomas patogenéticos son muy diferentes? ¿Qué juzgar pues de un sistema cuyo primer aserto es ya tan problemático?

¿Pero por qué medio vienen los homeópatas en conocimiento de los síntomas que pueden producir los medicamentos? por lo que ellos llaman la *esperimencion pura*. Esta esperimencion consiste, en el ensayo que hacen en el hombre sano, de la potencia de las substancias simples, para conocer bien sus efectos y poder establecer entre ellos y la enfermedad un término de comparacion: y llaman síntomas patogenéticos, como he dicho, á los que estas substancias desenvuelven.

No creo que se necesiten muchos conocimientos fisiológico-patológicos para persuadirse cualquiera con facilidad, de cuanto tienē de hipotética y de fantástica esta comparacion.

Las funciones durante el ritmo normal de la vida, durante la salud, se efectúan de un modo tan diferente del que presentan en estado de enfermedad, que los fenómenos que tienen lugar durante el uno de los dos estados, nada tienen que ver con los del otro. El problema del hombre es demasiado grande, demasiado complicado, demasiado difícil de comprender y demostrar, demasiado sujeto á variaciones y á influencias eventuales, para establecer que la esperimencion de los medicamentos en el hombre sano constituye

una experimentacion que pueda aplicarse al caso de enfermedad.

Ninguna substancia, dice Vernois, se experimenta por lo regular sino con el fin de que nos sea útil, y con el de aplicarla en aquellas circunstancias que nos han descubierto cada una de sus propiedades. No puede en rigor sacarse conclusion alguna del hombre sano al hombre enfermo y recíprocamente, ni las investigaciones hechas en el primero pueden ser aplicables sino á él mismo ¿y qué necesidad hay de medicinar á los que gozan de salud? La experimentacion que se hace en el hombre sano, con el objeto de aplicar sus resultados al hombre de una *manera absoluta*, (y tal es la conducta de Hahnemann) está llena de errores, ó por lo menos es susceptible de una controversia fundada.

Lo que mas importa conocer es la accion de los medicamentos en los enfermos, y sobre todo en *ciertos enfermos*, porque solo en ellos se emplean los remedios, y solo ellos necesitan ser curados. Esta última via de experimentacion, rodeada de cuantas condiciones pudieran asegurar su éxito, seria mucho mas directamente útil y racional que la de Hahnemann.

No quiero decir que el método homeopático, considerado bajo este aspecto, sea absurdo; pero dicho método no tiene ni puede tener jamas sino un fin de utilidad muy reducido. Posible es que el conocimiento de la accion de un medicamento en el hombre sano dirija al médico cuando trate de emplearlo en el enfermo, pero siendo diversas en los dos casos las condiciones del recipiendario, su accion será á veces muy diversa y aun desconocida.

Si tratáis de curar á un enfermo, estudiad al hombre enfermo, haced experimentos en el hombre enfermo; porque los órganos de un hombre sano, su sensibilidad, sus diferentes fuerzas de accion y de reaccion, no tienen ninguna semejanza con lo que sucede en la economía enferma, don-

de todo ha sufrido muchas y poderosas modificaciones. Tan cierto es esto, que todos los días vemos en la cabecera de los enfermos, que, ó no aparecen las acciones fisiológicas de un medicamento como en el hombre sano, ó se hallan de tal modo exageradas que hay que suspender el uso de aquella substancia inmediatamente, ó prescribirla á dosis muchas elevadas. ¡Cuántas veces no ha producido el sueño el jarabe de diacodion, y cuántas el opio en dosis mínimas no ha producido, ó la calma mas perfecta, ó escitaciones cerebrales y síntomas de envenenamiento!

La experiencia por otra parte, está muy distante de manifestar esta homeopaticidad de síntomas entre los medicamentos y las enfermedades que ellos curan. Solo la vemos entre la vacuna y la viruela; pero nótese bien, que la vacuna preserva de la viruela, no la cura.

La falta de homeopaticidad se ha observado ya entre la quina y las intermitentes; y fácil me fuera probar que la misma falta de homeopaticidad se observa entre la digital, el azufre, el bálsamo de copaiba, y aun el mercurio mismo, etc. y las afecciones que estas substancias combaten. Los homeopatas se apoyan en la experiencia, y con la experiencia se rechazan completamente sus asertos.

Fácil fuera demostrar que los síntomas en que Hahnemann funda su materia médica, pueden dividirse en tres clases.

Los primeros se hallan en todo hombre que, por espacio de una sola hora, quiera concentrar su atencion sobre las mil sensaciones fugaces que se suceden en todo sér viviente. Zumbido de oidos al sonarse. Sensacion dolorosa de peso en la cabeza al levantarse despues de haberse bajado por algun tiempo. Dolor ó punzadas como de agujas en el muslo. Contraccion en las sienas despues de comer. Pulsacion en la estremidad del pulgar. Cosquilleo pruriginoso en el borde exterior de la palma de la mano izquierda, que obliga á ras-

carse. Hormiguelo en la nariz como si se fuese á estornudar, etc.

Los segundos son puras simplezas y absurdos. Ganas de dormir mucho antes de la hora regular. Legaña en el ángulo de los ojos. Ganas de orinar al tocarse el vientre. Ensueños de que no conserva memoria. Sensacion de vacío en la cabeza por espacio de tres horas. Duerme sentado con la cabeza inclinada hácia delante. Miedo á los ladrones. Flatos encarecidos, etc.

Los terceros tal vez se pueden caracterizar de falsedades impudentes. Poco á poco se ponen negras todas las partes del cuerpo. La lengua se atrofia. Ojos salidos de la órbita. Cuelga fuera de la boca la lengua. Caída del pelo por espacio de una hora. Parálisis de los miembros inferiores. Todos los síntomas de la sífilis. Tisis. Locura. Rabia. Se arroja al agua.

El libro se nos cae de las manos, dice al enumerar estos y otros semejantes síntomas Fleuri. Pregúntase uno, al asegurarse de que está despierto, cómo no se ha recluso por causa de enagenacion mental, al hombre que se ha atrevido á imprimir semejante libro!

Hahnemann clasifica los síntomas en géneros y en especies; y en virtud de una delicadeza de percepcion enteramente especial, ha sabido distinguir en el solo género dolor setenta y tres especies diferentes. Asi el dolor puede ser

Ansioso,	Circulante,	Confusivo,	Diductivo,
Apretante,	Coartante,	Cosquilloso,	Distendente.
Ardiente,	Comprimente,	Corripiente,	Enorme,
Artrítico,	Constrictivo,	Corrosivo,	Escarbante,
Atroz,	Continuo,	Crampoides,	Escociente,
		etc., etc.	

Cosa tambien muy chocante es la semejanza de la accion de los medicamentos homeopáticos, semejanza que ha indu-

cido á Vernois á trazar un cuadro, por el que se ve que todas las substancias estudiadas por Hahnemann, á escepcion de algunas, producen indistintamente casi todos los síntomas principales: asi de 64 substancias, 62 causan aturdimiento; 64 sensacion de peso en la cabeza; 54 ganas de dormir; 60 sueños agitados; 64 dolores de toda especie, etc. Parece pues, añade, que se podrian sacar los glóbulos del frasco con los ojos cerrados, puesto que todos ellos vienen á tener propiedades semejantes.

Pero no es asi: los efectos producidos, aunque semejantes, no sobrevienen en el mismo instante, sino que aparecen durante el dia ó la noche, en tal minuto ó desde algunos segundos despues de la administracion del glóbulo, hasta cuarenta ó cincuenta dias mas tarde. ¡Y hé aquí la irrecusable base en que fundan los homeópatas la especialidad de los medicamentos!

Algunos han dado á la medicacion homeopática, el nombre de substitutiva y aun de especifica, considerando como medicamentos especificos los que producen en el hombre el mayor número posible de síntomas semejantes á las enfermedades. ¡Ojalá que el número de medicamentos especificos se aumentase en nuestros dias! ¡Ojalá que cada enfermedad tuviese su antagonista, como ya le tienen algunas! Poco importaria que este antagonista fuese ó no capaz de producir en el hombre sano una enfermedad análoga. La verdadera medicina, la medicina de la esperiencia, la que recoge el remedio donde quiera que le encuentre, se apresuraria á adoptarle; pues esta medicina que sabe prescindir de teorías cuando conviene, no pregunta á los remedios si son ó no homeopáticos, ni les pregunta por qué curan, sino tan solo si curan. Y efectivamente, que la vacuna preserve de la viruela, porque produce una enfermedad análoga; y que el éter inspirado disipe una lipotimia, porque puede acarrear del mismo modo la pérdida del conocimiento, y la serie de fenó-

menos conocida con el nombre eterizacion ¿qué le importa esto á la medicina sino ve aquí una ley general y constante de la naturaleza? ¿qué le importa el por qué la quina cura las intermitentes, y el mercurio la sífilis, y el azufre la sarna, y el bálsamo de copaiba la blenorrea? lo que importa, sí, es que estas substancias curen y curen radicalmente.

Pero todavía tenemos que insistir un poco en el método homeopático y aun dar una mirada hácia atrás, recordando alguna cosa de la doctrina que ya dejamos explicada.

Todas las enfermedades, dicen los homeópatas, son individuales, hasta tal punto, que un caso de enfermedad no se presenta dos veces idéntico, ni aun en un mismo sugeto. Bajo este supuesto cada vez deberá tratarse una afeccion de un modo peculiar, individual y por decirlo así, específico. Una pulmonía por ejemplo—á la que ni siquiera cuidarán de dar nombre—deberá ser combatida cada vez de un modo diferente. Veamos cómo en la práctica se conducen los homeópatas, y si les guia constantemente esta regla. En primer lugar hay un gran número de enfermedades agudas, entre las que se cuentan las epidémicas, y las que dependen de un miasma semejante siempre á sí mismo, y las crónicas, que aunque no presenten todo el conjunto de fenómenos, cuya coleccion entera forma el cuadro completo de la afeccion, deben tratarse constantemente por los medicamentos que atacan la causa del mal. Ya tenemos aquí un gran número de casos en que no se busca una completa homeopatiidad entre la enfermedad y el medicamento, y un gran número de casos en que hasta cierto punto se prescinde de los síntomas y se busca la causa. ¿Por qué pues en las enfermedades restantes no se ha de buscar tambien la causa y la afeccion orgánica, siempre que esta pueda descubrirse? ¿Y por qué una pulmonía simple, á igualdad de circunstancias, no ha de tratarse siempre del mismo modo, por mas que alguna vez varíe tal cual de sus síntomas secundarios?

En segundo lugar, ó yo no he comprendido nada de la teoría de Hahnemann, ó bien un medicamento no puede emplearse mas que en el caso en que una enfermedad presente todos los síntomas patogenéticos de aquel medicamento, enfermedad que no puede ser mas que una sola, y únicamente una: así la vacuna preserva de la viruela y únicamente de la viruela. ¿Cómo pues tantas enfermedades, completamente distintas, son tratadas por una misma substancia? Y para no citar mas que el acónito, ¿cuán larga no sería la lista que pudiera presentar de las afecciones en que se usa este medicamento?

«Una enfermedad, dice el citado Vernois, considerada en sus resultados perceptibles, no es otra cosa, segun Hahnemann, que la reunion, mas ó ménos bien ordenada, de cierta serie de síntomas que es preciso atacar á la vez ó sucesivamente, hasta que habiendo desaparecido todos, y cesado los efectos, podemos afirmar racionalmente que se ha estinguido su causa. Sea así enhorabuena! Pero es necesario, cuando nos vemos reducidos á combatirlos sucesivamente, combatirlos uno á uno, esto es, un prurito morbososo, por ejemplo, por medio de un glóbulo artificialmente pruriginoso, cuya saludable reaccion nos conduzca mas ó ménos pronto á la curacion. Pero si el síntoma se halla tan perfectamente circunscrito, es menester que el glóbulo tenga un poder no menos bien determinado, y que su introduccion en la economía no vaya á escitar cosquillas, calambres, y titilaciones del todo estrañas al prurito contra el cual se dirige. ¿Mas dónde se halla un glóbulo semejante? Todos los glóbulos tienen la propiedad de producir á la vez ó sucesivamente, hasta 1491 efectos artificiales distintos. La escala de estos síntomas es desde 97 hasta 1491. Será preciso pues hallar en un enfermo, no un solo síntoma, sino 97 á lo menos, antes de pensar en administrar un glóbulo, y en este caso el glóbulo aplicable será el de bismuto. Será

necesario además, para caminar bien, una combinación de síntomas morbosos tal, que corresponda exactamente á una combinación semejante en la forma y en el número de síntomas artificiales propios de un glóbulo determinado. ¿Y esto es posible? El mismo Hahnemann lo duda y recomienda que se administre el glóbulo, cuyos efectos se acerquen más á los efectos morbosos observados. Pero, aun suponiendo que este método curativo sea admisible, colóquese cualquiera médico en las condiciones en que se coloca el mismo Hahnemann, cuando observa á un enfermo y pretende curarle. Para combatir siete síntomas, de los que los principales eran: dolor en el epigastrio y falta de apetito, le fué preciso pensar en los efectos de la beladona, de la quina, del zumaque venenoso, de la pulsatilla, de la brionia, de la haba de S. Ignacio, de la nuez vómica, del mercurio, del hierro y de las cantáridas, es decir, en 8398 síntomas suma de todos los que pueden producir estos medicamentos, esceptuando aun los del zumaque venenoso y los de las cantáridas, cuyo análisis no se espresa en la materia médica, después de lo cual se decidió Hahnemann por la brionia, como el que más convenia física y moralmente.

« ¡Cuántos cálculos, cuántas combinaciones serian necesarias si se tratase de veinte ó treinta síntomas, y todo esto para no obtener más que un resultado aproximativo! Concíbese bien que si esto es así respecto á la virtud de los medicamentos, su aplicación será muy difícil si no imposible. En efecto, si yo no tengo más que náuseas, no comprendo la necesidad de tragar una substancia que, ya en el mismo minuto, ya treinta ó cuarenta días después, algunas veces va á causar en mí una porción de sensaciones, como prurito en el lado derecho del frenillo del glande, pellizco en la pantorrilla, frío en el ángulo interno del ojo derecho, y otros sin los cuales me pasaria muy bien. La acción pura de los medicamentos homeopáticos, es más que una chanza,

es la ironía puesta en gruesos labios alemanes, es la extravagancia misma salida de un maniático ó alucinado.»

No hablaré de las ocasiones en que se ensaya un remedio, no para emplearle como específico, sino solamente para asegurarse por la comparación de los fenómenos que produce, de si hay realmente indicación suficiente para emplearle: ni de cuando en una enfermedad obscura, se toma una substancia, que dando origen á accidentes que pertenecen á la serie de sus propios síntomas, y combinándose con los de la enfermedad, presentan esta bajo un nuevo aspecto, é indican el remedio que puede acabar con ella. Veo en estos procedimientos, un mecanismo tan arbitrario, que no le creo digno de una refutación razonada.

Pasemos pues al tercer principio el de las

#### DÓSIS INFINITESIMALES.

Toda la doctrina que hasta aquí hemos analizado puede tener mucho de hipotético, puede estar en más ó menos oposición con los hechos observados; pero por fin, es una doctrina que se puede sostener con razones tan plausibles al menos como otras teorías que han dominado algun tiempo en medicina. Que el dinamismo vital, independiente del organismo, por su armonía ó desarmonización constituya la salud ó la enfermedad; que los medicamentos tengan la virtud de producir en nosotros ciertos fenómenos en estado de salud, y de curar las afecciones que presenten igual número de síntomas, cuando la salud se altera; cosas son, repito, que aunque están lejos de poder resistir á un exámen serio, deslumbran sin embargo á primera vista, y aun pueden contentar una imaginación viva y subyugar un juicio superficial: pero el principio que vamos á examinar ahora, el de las dosis infinitesimales, está en tal contradicción con las leyes de la naturaleza, que difícilmente se concibe cómo hay

quien se atreve á sostenerle. « Hahnemann, dice José Frank, al administrar los medicamentos á dosis infinitesimales y como si fuesen, por decirlo así, respirados en la atmósfera de una farmacia parece que ha hecho divorcio con el sentido común. » Los mismos homeópatas confiesan que este precepto es la piedra de escándalo de su doctrina, y el que ha suscitado contra ella la incredulidad, la risa, las invectivas, y el espíritu satírico y epigramático de sus adversarios. ¿Y cómo no habia de suceder así cuando tan de manifiesto se hallan los absurdos que este principio encierra; absurdos físicos, absurdos químicos, y absurdos ontologopsicológicos, y aun pudiera decir con puntas de heregía, si no me repugnase hacer intervenir la religion, en lo que no sale ó no debe salir del orden puramente científico? Esplanaré ahora este principio, y permítaseme detener un poco en el mecanismo de las preparaciones homeopáticas, porque creo que no se ha fijado todavía suficientemente la atención en ellas.

Cuando Hahnemann, dicen los homeópatas, en virtud de la ley de los semejantes, que habia establecido, trató las enfermedades con sustancias capaces de producir los mismos síntomas que estas presentaban, agravábansele los enfermos, porque la acción de los medicamentos era demasiado fuerte; y se vió obligado á disminuir sin cesar las dosis, hasta la atenuación que es propia y peculiar de este autor: mas no tardó en apereibir, que dividiendo así los medicamentos, se desenvolvian de una manera increíble sus propiedades medicinales, y nadie puede decir hoy dia, á qué grado de atenuación será menester llevar un medicamento para hacerle perder su virtud sobre la fuerza vital, y aun si es posible, llegar á conseguirlo. A esto se llama *dinamizar* los medicamentos, *espiritualizarlos*; pues como el dinamismo vital es espiritual, necesita para ser modificado, que las sustancias que han de obrar sobre él se espiritualicen.

Estas atenuaciones se pueden obtener por via seca y por

via húmeda. En los metales, en los óxidos y en otras sustancias insolubles en alcohol se usa la primera preparacion, y en los jugos de las plantas la segunda. Tómese un grano de sílice ó de carbon vegetal, por ejemplo, y trítuse por un tiempo determinado con noventa y nueve granos de azúcar de leche, y se tendrá la primera trituracion en seco. Tómese una gota de un jugo vegetal y mézclese con noventa y nueve de alcohol, y se tendrá la primera dilucion ó la tintura madre. Estas diluciones, de las que un grano ó una gota contiene un céntimo de substancia activa, rarisimas veces ó nunca se administran directamente, y solo sirven para obtener las demas diluciones. Un grano de estos polvos, ó una gota de esta tintura, con noventa y nueve partes de azúcar, de leche ó de alcohol respectivamente, forman la segunda atenuación, de la que cada grano ó gota contiene un milésimo de substancia activa. La tercera dilucion hecha del mismo modo, contiene una millonésima parte; la cuarta una cienmillonésima; y esta disminucion va creciendo de tal modo que la trigésima dilucion, que es en muchas sustancias la que mas se usa, forma un quebrado cuyo numerador es la unidad y el denominador contiene sesenta ceros, es decir un decillonésimo. De un modo análogo se obtienen las diluciones de las sustancias insolubles. Y advierto de paso que los homeópatas han hallado el secreto de disolver los metales, el carbon, el azufre, la sílice, y otras sustancias en el alcohol y en el agua, á pesar de ser consideradas como insolubles en dichos líquidos por la química. Pregúntese á los matemáticos, pregúntese á los astrónomos si jamas se han imaginado siquiera un quebrado semejante. Cifras de billones, de trillones, aunque raras, existen en los cálculos astronómicos é infinitesimales; pueden concebirse los cuadrillones, los quillones; pero los novillones, los decillones ¿se los han imaginado jamas siquiera los que creen prescribirlos en los globulillos? y sin embargo, no es la trigésima dilu-

cion la mas alta, sino que se obtienen la dos milésima, la seis milésima....! etc.

Es preciso advertir que todas estas operaciones tienen prescritas sus reglas, y que el triturar un minuto mas los polvos, ó dar una sacudida mas á la dilucion, seria un crimen de lesa homeopatía. Cuando se quiere obtener una nueva dilucion, se toma una gota de la anterior, se mezcla con noventa y nueve de alcohol y se dan dos solós sacudimientos al frasquito que contiene la mezcla, con un movimiento medianamente precipitado del brazo y no mas; pues Hahnemann cree que por el sacudimiento se va desarrollando de un modo maravilloso, la energía de la substancia activa, y que llegaría tal vez á un punto que no es fácil concebir.

Y no se crea que estas diluciones se prescriban á gotas, esto seria aun cosa muy fuerte. Hácense preparar por el confitero unos globulillos de azúcar de leche y almidon, del volúmen de las semillas de adormidera, de los que trescientos, que apenas pesarán un grano, se embeben en una sola gota de la dilucion alcohólica obtenida del modo indicado.

Los anises asi preparados, y que solo contienen una trecentésima parte de gota, son prescritos en número de uno ó dos, ya en seco, ya disueltos en agua, tomando esta dissolution de una vez, ó en porciones refractas. Y no tan solamente el estómago, la lengua y la boca pueden recibir estas influencias medicinales; sino que tambien los medicamentos atenuados, hasta estas potencias infinitesimales, producen grandes y seguros efectos curativos, por la sola olfacion: *risum teneatis amici?*

He dicho que esta teoría envuelve absurdos físicos, absurdos químicos, y absurdos ontolopsicológicos: absurdos que por mas claros que se vean, me entretendré en demostrar, porque como aqui está la parte práctica de la doctrina homeopática, es donde principalmente no conviene dejar ningun subterfugio á la ignorancia ó á la preocupacion.

El célebre astrónomo Arago tiene calculado que un decillonésimo de grano de un medicamento, ó lo que es lo mismo la substancia activa de un grano de la trigésima dilucion es á la de un grano de la primera trituracion, ó de la tintura madre, como un átomo invisible es á la masa del sol. Conteniendo la tintura madre ya un solo centésimo de substancia activa, un grano de la trigésima dilucion, será á un grano de la substancia pura, como un átomo invisible, es á una masa cien veces mayor que el sol. Y como una gota de la trigésima dilucion puede saturar trescientos globulillos, la materia activa contenida en un globulillo de la farmacopea homeopática, será á grano de substancia activa, como un átomo invisible, es á una masa treinta mil veces mayor que el sol. Y finalmente como en cada globulillo hemos de considerar al menos cuatro ó cinco partículas de substancia activa, cada una de estas partículas, será á un grano de la misma materia, como un átomo invisible, es á una masa ciento veinte mil veces á lo menos mayor que el sol; ó lo que es lo mismo: una partícula de sustancia activa será mas de cien mil veces menor que un átomo completamente invisible comparado con el sol. No me detendré en ponderar la pequeñez de esta partícula, basta para figurársela saber que el volúmen del sol es mas de un millon y trescientas mil veces mayor que el de la tierra.

Figurémonos, dice el Dr. Boret, una esfera, cuyo diámetro fuese igual á sesenta veces el de la tierra, esto es, cuyo centro estuviese en el centro de nuestro globo, y la circunferencia se extendiese hasta la luna, esta esfera tendria cerca de 190,000 leguas de diámetro, y sin embargo todo el alcohol que pudiese conterer no bastaria para elevar una gota entera de medicamento á la décima séptima dilucion.

Figurémonos, además, que todo el género humano atacado repentinamente de monomanía ó de enagenacion men-

tal, quisiera curarse homeopáticamente: los médicos de la nueva escuela administrarian la pulsatila, y con la cien millonésima parte de una gota del jugo de esta planta, podrian medicinar á todo el género humano, por espacio de muchos cientos de millones de siglos, aun suponiendo la poblacion cien millones de veces mas considerable que lo que realmente es.

En efecto, para elevar una gota de pulsatila á la trigésima dilucion, seria necesario un nonodecillon de gotas de alcohol; pero supongamos que la operacion se ha verificado, y tomemos la cien millonésima parte de estas gotas, y hallaremos que diez y siete decillones de gotas serán las que contendrán precisamente la cien millonésima parte del jugo de la gota de la pulsatila.

Admitiendo que habitan la tierra dos billones de seres humanos, valuacion exagerada, y admitiendo además que cada persona tomase cada dia doscientos glóbulos humedecidos con dos gotas enteras de la tintura elevada á la trigésima dilucion, tendremos que se consumiria cada dia cuatro billones de gotas de tintura; lo cual no haria dos trillones por año, doscientos trillones en un siglo, doscientos quintillones en cien años, veinte septillones en cien millones de siglos, un undecillon en el mismo espacio de tiempo suponiendo la poblacion cien millones de veces mayor de lo que realmente es, y suponiendo tambien que cada individuo consumiera por dia cien millones de gotas, esto es mas de dos mil libras de esta tintura!

Y aun asi estamos todavía distantes de los diez sexdecillones de gotas, esto es, de la cien millonésima parte de la gota de pulsatila.

Yo que sé la tenuidad de que es capaz la materia principalmente cuando viva, no citaria estos cálculos si no quisiese hacer palpable, que por los medios mecánicos conocidos en el dia, es imposible reducir un cuerpo insoluble á semejante

estado de division. ¿Se podrá concebir que por lisa que sea una superficie, pueda reducir la materia á un polvo tan sumamente invisible? Por mas que trituramos la pulverizacion, tendrá un límite del que no se pasará, porque los poros de las dos superficies de las muelas serán muchos millones de veces mas grandes que las particulares que deseamos obtener. Resultará pues, que parte de los glóbulos que obtendremos no contendrán mas que azúcar de leche ó almidon, porque la substancia activa no habrá podido alcanzar á todos, ya se use solo este medio, ya se pase á las diluciones desde la tercera trituracion como es costumbre.

¿Pero como en uno y otro caso se obtendrán estas diluciones si la substancia es insoluble en el alcohol puro ó hidratado y en el agua? Y sin embargo, los homeópatas creen disolver así los metales y otras muchas substancias completamente insolubles. ¿Se juzga, Señores, por ventura que el cuerpo médico carece de sentido comun, que se le quieran hacer tragar tamaños despropósitos, ó la química aguarda todavía á que un Alberto, un Bacon, un Villanueva ó un Lulio la saquen de sus primeras mantillas?

Doloroso es ver como el entendimiento humano es capaz de una obcecacion tan grosera; y sin embargo, sensible me es decirlo, no es este todavía el absurdo que mas descuella en la doctrina homeopatica.

Efectivamente ¿qué es lo que se proponen los homeópatas con su division infinitesimal? Bien claro lo dicen: dinamizar los medicamentos, espiritualizar los medicamentos. Teniendo que obrar estos sobre una substancia esencialmente espiritual, esto es sobre la fuerza vital, no tendrian accion en el estado grosero en que se hallan, es preciso espiritualizarlos; y esto se consigue por la atenuacion.

Aquí tenemos resueltos dos problemas psicológicos de la mas grande importancia. Hasta ahora habiamos creído que la esencia de la substancia espiritual nos era completamente

desconocida, tal vez porque no estamos organizados para percibirla en esta vida, ó porque nos falta el sentido que pueda darnos idea de ella, como le falta al ciego el que le dé á conocer la luz y todos sus fenómenos; pero ya gracias al grande Hahnemann, sabemos que la substancia espiritual no es mas que la materia bruta elevada á la decillonésima potencia de dinamizacion; y que para convertir la materia corporal en substancia espiritual, no hemos de hacer mas que dividirla. ¿Quién sabe si colocados en esta escala podremos subir hasta la esencia del mismo Dios?

Tambien tenemos explicado el comercio del alma con el cuerpo, este comercio que ha dado origen á tantos sistemas y que no se explica sin embargo satisfactoriamente con ninguno de ellos. Supuesto que el alma y el cuerpo son congéneres, lo demás cae por su propio peso. Quisiera con todo que me dijeran los homeópatas, de qué modo se dinamiza mi brazo cuando se levanta para obedecer á mi voluntad. Con pocos descubrimientos como este la medicina pronto seria la primera ciencia.

Pero dejemos la ironía y pasemos á la severa lógica.

¿Es cierto que se dinamizan los medicamentos por la division si al mismo tiempo van perdiendo en cantidad?

¿Es cierto que esta dinamizacion pueda haber aumentado por el movimiento, cuando al movimiento ha sucedido la quietud?

Ó la palabra griega δυναμις significa otra cosa diferente de *potencia ó fuerza*, ó establecer, que la fuerza en igualdad de circunstancias, no está en razon directa de la masa, es atacar una de las principales leyes físicas que se conocen. Si por la division y los sacudimientos se desarrollan indefinidamente la energía de los medicamentos ¿no veríamos convertidas en venenos horrorosamente formidables, las substancias mas inocentes (3)?

Que no se me diga para probar la actividad que comuni-

ca el movimiento á la materia, que la piedra herida por el eslabon da chispa. Sí, la piedra herida por el eslabon da chispa; pero luego que ha quedado en reposo ha desaparecido tambien esta actividad y la piedra ha quedado de nuevo inerte.

Ni se me diga tampoco que los mas grandes trastornos de la naturaleza son producidos por influencias dinámicas, de una tenuidad infinitesimal incalculable, tales como el calórico y la electricidad. ¿Por ventura la energía, la potencia, la dinamizacion de estas influencias, no aumenta á medida que va aumentando su masa? ¿No vemos una escala ascendente de fuerza, desde la simple chispa eléctrica que solo produce un estremecimiento, á la que se escapa de una bien cargada botella de Leiden, que mata un pájaro; desde la descarga de una bateria eléctrica, ó de una fuerte pila, que mata repentinamente á un hombre, hasta el rayo lanzado por una nube que derriba un edificio, que habia resistido siglos enteros á la fuerza destructora del tiempo? Y por otra parte, estos agentes obran sobre mis sentidos, ponen los cuerpos en movimiento, efectúan composiciones y descomposiciones químicas, ¿pero qué es lo que hacen las potencias infinitesimales hahnemanianas? ¿Cuál es el electrómetro, cuál el termómetro que marca su actividad? ¿Cuál es la descomposicion química que se efectúa á su contacto? Aun digo mas: desafio á los homeópatas á que me presenten una sola modificacion producida por sus glóbulos en el organismo sano, cuando yo les podré citar un cañuto de los de acónito, comido impunemente por un niño.

La comparacion de las dosis infinitesimales con los miasmas, aunque mas espaciosa no es menos equivocada. Muchos de los miasmas obran á un tiempo sobre todos los aparatos del cuerpo, y pueden ser absorbidos de mil maneras. ¿Sucede lo mismo con los medicamentos á dosis infinitesimales, cuya accion se limita á la mucosca gastro-intestinal,

y deben sufrir todas las modificaciones de la digestion, antes de ser trasladados al torrente general de la circulacion?

Examínese además la accion de los miasmas en el organismo, y se verá: que estos agentes obran en el cuerpo como huevecillos que se desarrollan si encuentran materia congénere, y se reproducen hasta lo infinito; pero cuyo efecto es nulo en caso de no hallarla. Hé aquí la razon de la actividad de los virus. ¿La encontramos en los medicamentos? ¿Se multiplican estos como fermentos ó como simientes en la economía? ¿Despues de un envenenamiento por dosis las mas altas de una substancia tóxica, la inoculacion de la sangre ó de un humor cualquiera del individuo envenenado envenenaria á otro individuo? Solo un homeópata podria imaginarlo (a).

Los homeópatas nos confesarán, si queremos, que esta parte de su doctrina es completamente incomprendible; pero se atrincherarán tras el omnímodo comodín de la esperiencia. Examinad atentamente, dirán, los millares de observaciones recogidas y publicadas por los homeópatas, en todos los paises, durante mas de cincuenta años, y os convencereis de la eficacia de los medicamentos á dosis infinitesimales. Pero, señores, ¿ha habido alguna secta médica, desde el origen del mundo hasta nuestros dias, que no haya invocado en su auxilio la esperiencia? ¿Por ventura no la invocaban los médicos astrólogo-judiciarios de los siglos XIII y XIV y no la invoca hoy dia el humorismo grosero de Le-Roi y de Morrison?

Si tan patentes están las curaciones homeopáticas, si de tal modo va acreditando la esperiencia esta doctrina, ¿cómo es que la vemos arrastrarse cincuenta años hace, errante de pueblo en pueblo, sin que ninguna corporacion científica la

(a) Trousseau et Pidoux, *Traité de thérapeutique*, etc.

haya acojido en su seno (b)? ¿Cómo es que la vemos jurídicamente proscrita, con paternal solicitud, por la suprema magistratura de Alemania (c)? ¿Será acaso, como han dicho algunos homeópatas, por pereza, porque no quieren los médicos tomarse la molestia de examinarla? ¿Calumnia! señores, ¡calumnia! Yo rechazo con todas mis fuerzas, este ultrage contra la frente del que se atreva á propalarle. Afortunadamente está bien cimentada la reputacion estudiosa del cuerpo médico, para que logre empañarla tamaña injuria. Nadie ignora cuanto empeño, cuanta constancia, cuanta abnegacion se necesita para trabajar como lo hace el médico, sin estímulo ninguno y á costa muchas veces de su salud y de su vida; en el adelantamiento de la ciencia. Y si algun descubrimiento corona nuestros esfuerzos, todo el mundo es testigo de la rapidez con que se difunde por el orbe, y del

(b) «En la sesion del 27 de setiembre de 1844, de la seccion de medicina del congreso científico celebrado en Milan, se dirigió á la presidencia una carta anunciándole que un sugeto de la misma ciudad ofrecia un premio de mil francos al autor de la mejor memoria *sobre las ventajas é inconvenientes de la homeopatía*, premio que seria adjudicado por el próximo congreso de Nápoles.

«Entre el gran número que se levantaron para combatir semejante proposicion, el doctor Federico Castiglioni de Milan manifestó cuan indecorosa é indigna del cuerpo médico italiano era una proposicion semejante, y cuan bajas miras dejaba columbrar el que semejante premio proponia. Pasóse á la votacion, é instantáneamente todos los miembros presentes y en número de mas de mil, se levantaron para rechazar con su voto la proposicion del premio sobre la homeopatía. La asamblea quiso probar asi, de una manera unánime, que la medicina de este siglo no habia ni podia transigir jamas con la impostura, el misterio y la fábula desvergonzada de estos últimos tiempos.»

Esta relacion cuyos términos son tal vez demasiado duros, está sacada de los *Annali universali di medicina*, noviembre de 1844.

Los recientes acuerdos de la *sociedad médico-quirúrgica de Inglaterra*, de la *Asociacion médica provincial de la Gran Bretaña* y de la *médica de Londres*, dan á conocer bien claramente, cuan poco favorable es el juicio que forman de la homeopatía los médicos ingleses.

(c) José Franck en su obra intitulada: *Præceps medicæ præcepta universa*.

entusiasmo que promueve entre todos los profesores. ¡Dulce cosa es en efecto arrancar á la naturaleza uno de los misterios, que al parecer ceta con mas cuidado á la indiscreta mirada del profano!

No, que no se nos tache de atrasados y rutinarios; táchese mas bien el impaciente frenesí con que siempre estamos aguardando un nuevo progreso científico; y la confianza que alguna vez dispensamos, por esta sed de progreso, á influencias que no siempre la esperiencia llega á sancionar. Cualquiera de nosotros, yo el primero, si mañana logro convencerme de la verdad de la homeopatía, me consagraré todo entero á su práctica y á su defensa; porque para mí y para todos mis profesores—estoy seguro de ello—no hay mas guia que la verdad, ni hay mas móvil que el interés del género humano.

Pero veamos si verdaderamente la esperiencia está en favor de la práctica de Hahnemann. «Hay casos en terapéutica, dice el Dr. Bouillaud, en que la esperiencia y la razon parecen hallarse en una especie de contradiccion entre sí. Tal es el del método de los infinitamente pequeños terapéuticos de Hahnemann. Ahora bien, semejante contradiccion no podrá jamás ser real y positiva. ¿De dónde procede esta aparente contradiccion? De una mala lógica ó de una mala esperiencia *experientia fallax*. Para hacerla desaparecer, basta observar bien y razonar bien. La práctica anti-racional de Hahnemann no resistirá mucho tiempo á la prueba de la sana esperiencia» (4).

Y efectivamente fácil me fuera probar, con el exámen de hechos observados imparcialmente, cuánto tienen de exagerado los triunfos que decantan los homeópatas; con todo yo no diré rotundamente con el Doctor Bouillaud, que la esperiencia de los homeópatas sea siempre la *experientia fallax* de Hipócrates, antes bien creo que entre las escuelas sistemáticas, la de Hahnemann es de las que pueden pre-

sentar mayor número de curaciones: y hé aquí el motivo.

Sí, como dejo dicho, no es el arte quien cura las enfermedades sino la naturaleza; y si el arte no puede hacer otra cosa que favorecer y dirigir convenientemente la naturaleza, la fuerza medicatriz, que por sí sola no triunfaria algunas veces de las enfermedades, se deduce: que cuando la naturaleza basta por sí sola para eliminar ó neutralizar las causas del mal, aquel sistema será mejor que menos la perturbe y la distraiga en sus operaciones. Sentado esto y conociéndose, aunque no lo haya dicho, que no creo que el sistema homeopático sea otra cosa mas que una simulacion del método espectante, fácilmente se deducirá qué opinion tengo formada de las curaciones obtenidas por semejante medio.

Contentándose el médico en determinados casos, con remover las causas y con no perturbar la crisis, obrará mejor que haciendo demasiado, como sucede cuando se abusa de las emisiones sanguíneas y de otros medios enérgicos, que llevados al extremo, pueden perjudicar mas el organismo de lo que pudiera hacerlo la misma enfermedad. Confieso francamente que quisiera que fuesen homeópatas todos los médicos ignorantes—pues en esta facultad, lo mismo que en las demás, hay por desgracia profesores que no reúnen todos los conocimientos necesarios—porque me da mas miedo la verdadera medicina en semejantes manos, que una espada desnuda, en las de un ciego ó de un loco.

No se figure nadie por esto que abogo yo aquí por la medicina espectante. Este método negativo, en el cual todo se deja á la naturaleza, es una grave falta, que comete en especial la escuela homeopática, y que puede acarrear las mas tristes consecuencias, cuando realmente hay algo que hacer para salvar al enfermo. La inaccion solo puede convenir, cuando no se descubra ninguna indicacion precisa de obrar, cuando el plan curativo exige tiempo y paciencia, ó cuando

hallándose las fuerzas en perfecto equilibrio, verifica la naturaleza con regularidad las crisis.

Si se me objeta que el método de Hahnemann ha sido útil á mas de un enfermo, contestaré con José Frank, que nada tiene de extraño, que algunos enfermos tratados por aquellos médicos, que emplean con profusion el mercurio, el oro, la digital, el ácido hidrocianico, etc., hayan encontrado alivio luego de haber dejado el uso de estos venenos. ¿No hay por otra parte algunas enfermedades cuyo mejor remedio, es la abstinencia de todo remedio? ¿Y quiénes son estos hombres que levantan hasta las estrellas los efectos saludables del método de Hahnemann? ¿Son acaso los habitantes del campo, ó los pobres de los hospitales? No, los que así los decantan son los ricos, los hombres acostumbrados á una buena mesa, para quienes no se encontrará seguramente mejor remedio que una ligera dieta por algun tiempo, y un buen régimen de vida.

Este régimen de por sí basta muchas veces para la curacion de muchas enfermedades crónicas. En él deben proscribirse todas las substancias y plantas medicinales, todas las causas debilitantes, los excesos de todas clases, y sobre todo las fuertes emociones morales, los baños frecuentes, las tisanas, las sangrias, las esencias y olores fuertes, todo lo que se vende en las boticas y en las perfumerias, el café, el té, la cerveza, el chocolate de canela y vainilla, las especias, las acederas, el perifollo, el peregil, los ácidos, principalmente los de limon y otros análogos, las bebidas alcohólicas, los vinos fuertes, las pastas y sorbetes aromatizados, el queso añejo, las carnes manidas, toda alimentacion demasiado crasa ó demasiado abundante, las carnes de animales jóvenes, el uso inmoderado de la sal comun y del azúcar, las pimientas, las plantas y raices aromáticas, los lugares mal ventilados, la lactancia, los placeres del amor, las lecturas eróticas, la vida sedentaria, las ocupaciones for-

zadas, las vigiliias prolongadas, etc. etc. De este modo y con dietas especiales ¿quién duda que se pueden obtener excelentes resultados?

La influencia de las dietas alimenticias en la hematosiis es muy grande, y creo que se ha descuidado demasiado hasta ahora su estudio. Conocemos; es verdad, los efectos de la dieta lactea, y de las dietas completamente vegetal y completamente animal en la curacion de las enfermedades; pero faltan datos para fijar definitivamente en qué casos conviene la mayor parte de las dietas especiales, y qué régimen de vida debe acompañarlas. Algunas observaciones tengo yo recogidas sobre este ramo higiénico-patológico, y tal vez algun dia me atreveré á presentarlas á V. S.

Concluiré manifestando, que dos servicios ha prestado, á mi entender, la homeopatía á la medicina, negativo el uno y positivo el otro, pero los dos importantes. Ninguno de los dos es nuevo; pero en la práctica médica, tan útil es el hecho que conduce al descubrimiento de una verdad, como el que la confirma. Consiste el primero en la manifestacion clara de que muchas enfermedades, agudas, aun de las mas graves, pueden ser vencidas por la sola fuerza medicatriz de la naturaleza; y el segundo, que podemos desistir del uso inmoderado de substancias tóxicas, en ciertas enfermedades crónicas, y dejar á la misma fuerza, la curacion del mal: insistiendo sobre todo, como lo hacen los homeópatas, en el régimen particular físico, y por decirlo así moral, del individuo; y bajo este concepto puede ser útil, la lectura de los casos prácticos que contienen las obras y periódicos homeopáticos.

Al médico prudente é ilustrado toca conocer, en qué ocasiones esta inaccion fuera un delito, y en qué por consiguiente debe echar mano sin tardanza de los eficacisimos recursos con que cuenta el arte. El defecto, lo mismo que el exceso, puede ocasionar gravisimas consecuencias, cuya res-

ponsabilidad recae toda entera sobre aquel á quien se ha confiado el tesoro mas precioso que tiene el hombre en la tierra. Que al menos cuando á pesar de los esfuerzos del arte, el enfermo sucumbe, encuentre siempre el médico en el fondo de su conciencia, la satisfaccion de un deber fiel y escrupulosamente cumplido.

Vasto y de muy alta importancia, M. I. S. es el asunto que me he propuesto, pues nadie debe mirar con indiferencia, que tome creces, apoyada en nuestro silencio, una doctrina que tan funesta puede ser á la sociedad. Nada de pánico tiene por consiguiente el temor de que estoy poseido, de no haber tratado esta materia con aquella estension y tino que requería. La homeopatía es un sistema médico completo, con sus principios fisiológicos, su terapéutica, su materia médica etc. Para refutarla completamente, eran necesarias largas discusiones científicas en todos estos ramos de la medicina. ¿Pero no hubiera sido abusar de la atencion de V. S. el intentarlo? ¿No hubiera sido eso contrariar la índole, y salirme de los límites prescritos á una memoria? Así lo he creído; y por este motivo, he dejado de tocar, con sentimiento mio, varios puntos de la doctrina homeopática, que aunque son muy trascendentales, no están con todo tan enlazados con el sistema, que no se pueda prescindir hasta cierto punto de ellos. Tal es, por ejemplo el de los miasmas crónicos, la sífilis, la sícosis y la psora, que por si solas merecerian discusion á parte.

Ni he podido decir nada tampoco de las sectas que se han levantado entre los mismos homeópatas, designadas con el título de escuelas especivistas, semi-homeópata, etc., cuyo método difiere algunas veces tanto de la hahnemania pura como de la que ellos llaman medicina alopática; y cuyas encarnizadas luchas hartos argumentos me hubieran prestado contra la escuela madre, Hubiéramos visto entonces la pres-

cripcion por algunos de las mas bajas diluciones y aun de los medicamentos en substancia; y por otros el uso de las elevadísimas y fantásticas diluciones llamadas *korsakovianas*.

Tengo la satisfaccion, M. I. S., de no haber usado contra la homeopatía, otras armas que las de la sana crítica y recto juicio científico, evitando toda clase de sátira, cosa bastante difícil en una doctrina que tanto se presta al ridiculo por sus exageraciones y minuciosidades pueriles. Y no ha sido mi ánimo, al llamar la atencion de V. S. sobre ella, arrancarle un juicio terminante de desaprobacion: estoy bien convencido de que solo el tiempo y la experiencia podrán curar la monomanía homeopática de algunos enfermos; pues pocas veces los decretos académicos han logrado arrancar una sola victima de las manos del charlatanismo ni del error; porque la impaciencia con que el enfermo suporta el dolor y el anhelo con que desea la curacion se sobreponen á toda autoridad y hasta desatienden los consejos de la razon y de la prudencia.

He llegado ya al término que me habia propuesto; y permítaseme ahora dar una postrer mirada, al camino que rápidamente acabo de recorrer. O yo me engaño ó he dejado completamente probado:

Primero: que si los homeópatas necesitan su dinamismo vital para poder dar una razon de la influencia de las dosis infinitesimales, este dinamismo tal como lo conciben, y su teoría de las enfermedades hacen retroceder la medicina á lo menos á la época de Van-Helmoncio.

Segundo: que es insostenible como principio general, el de los semejantes *similia similibus curantur*, por mas que se observe esta ley en algunos casos particulares. Generalizarla y sostener que la esperimentacion pura debe servir de norma para la aplicacion de los remedios, son cosas que no pueden resistir al crisol de la esperiencia, que es donde las verdades médicas deben acreditar sus quilates.

Tercero : que es ilusoria la pretendida dinamizacion de los medicamentos, por la division y el sacudimiento; y la comparacion que hallan los homeópatas, entre estas influencias infinitesimales y la electricidad, el calórico, los miasmas, etc. cuya fuerza, en igualdad de circunstancias, está siempre en razon directa de la masa.

Cuarto en fin : que las curaciones obtenidas por el método homeopático, son debidas unicamente á la fuerza medicatriz de la naturaleza, ayudada de un buen régimen en las enfermedades crónicas : así es que estas curaciones no han podido seducir á los que las han observado con ojos imparciales; y el sistema homeopático, sin el apoyo de ninguna corporacion científica, ha ido emigrando de país en país, no dejando en ninguno grandes prosélitos y engendrando mil cismas en su propio seno.

Concluiré suplicando á los que se dedican á la práctica de la homeopatía, que ya que les anima un ardor tan intenso hacia la humanidad doliente, coronen su obra con un pequeño sacrificio, que seguramente no tendrá grandes consecuencias para su salud, como no las tuvo para la de su sábio maestro, esto es: que ensayen en sí mismos, la eficacia de los glóbulos medicinales; pues como la esperimencion pura debe justificar la ley de los semejantes, y la potencia de las dosis infinitesimales, no es justo que á tan poca costa se priven de una confirmacion tan flagrante de su doctrina. Y si despues de este ensayo me afirman, puesta la mano sobre su corazon, que han esperimentado los fenómenos, que Hahnemann y sus discípulos atribuyen á cada substancia, y que este ensayo les anima á dedicarse en adelante con mas fervor á la homeopatía, les diré : id en paz; y que la fé de que estais poseidos se comunique á vuestros enfermos, seguros de que mucho les servirá para su curacion.

Barcelona 10 de agosto de 1851.

Juan Ramon Campaner.

## NOTAS.

(1) Hahnemann, dice Vernois, comprende en sus intolerantes proscripciones á todos los médicos antiguos y modernos; y, según él, no hay salvacion fuera de la iglesia homeopática. No solo son ineptos y charlatanes, sino asesinos á quienes amenaza con el rayo y con toda la severidad de las leyes divinas. No hay un médico solo que no merezca galeras perpetuas y aun la decapitacion por sus obras impías, si se exceptúan los afortunadamente convertidos á su doctrina, los verdaderos creyentes y los adeptos en estado de fetos homeopáticos todavía. Cada gota de láudano ha sacrificado una víctima; cada grano de tridácio ó de belladona ha producido alguna de las cien mil enfermedades y cacoquímias que infestan nuestros hospitales. ¡Qué de crímenes impunes! Verdaderamente nos admiramos de que en los tiempos que corren, y atendido el celo del gobierno y de los agentes de Seguridad Pública, no se haya procedido contra esa turba de envenenadores que, según Hahnemann y los suyos, vejan, degüellan y matan diariamente á fuego lento á tantos ciudadanos inofensivos, tan dignos de ser curados por medio de la homeopatía.

(2) « La homeopatía se desentiende enteramente de la nosología, y no admite la clasificacion de las enfermedades en género y especie, así como tampoco la distincion de las *denominaciones*, que considera como abusivas y peligrosas (si bien se las conserva en las obras de algunos homeópatas); para la homeopatía no existe diferencia entre

las enfermedades, ó por lo menos niega la posibilidad de reconocerla, ni se propone otro fin que el de descubrir las señales exteriores, los síntomas, sin atender en lo mas mínimo á la causa ni á los accidentes; de modo que su diagnóstico y por consiguiente su terapéutica no descansan en otra base, y su mayor esfuerzo consiste en observar el conjunto de los síntomas de cada caso de enfermedad. »

« Para la homeopatía no existen enfermedades, y si solo grupos de síntomas, de signos visibles ó perceptibles por los sentidos, que indican un trastorno, una alteracion en la vida; ni si se dedica mas que á hacer aplicacion del gran método curativo indicado por la naturaleza, á la curacion por medio de los semejantes, *similia similibus curantur*.

« La homeopatía rechaza casi todos los frutos, tan trabajosamente adquiridos por la ciencia hasta el dia, no admitiendo sino aquello que puede ser de alguna utilidad á sus fines y á sus cálculos. segun ella no ha sido dado al genio del hombre prever y descubrir las causas de las enfermedades; ni tiene necesidad de conocer su verdadero asiento, su naturaleza, carácter particular, complicacion y relacion con las circunstancias accidentales, ni de atender á las causas que originaron aquellas, ni á las influencias esternas é internas de la enfermedad; la homeopatía no necesita reunir el conjunto de síntomas accidentales para formar un cuadro general de todos ellos, apreciar los fenómenos interiores, juzgar por lo que se ve de lo que no se ve, y deducir conclusiones racionales; la homeopatía desprecia las revelaciones de la patología, las reglas y condiciones de la fisiología y las exigencias de la anatomía. Para la homeopatía, la ciencia de los pasados siglos no existe; y en vano ha intentado el arte levantar un sólido edificio, robustecido con la esperiencia de los hechos, pues solo se advierte un confuso monton de errores amalgamados que se desploman por do quiera como una nueva torre de Babel (Daringue. De *l'homœopathie*).

(3) No todas las substancias medicinales tienen la misma energía, y nadie pretende establecer semejanza entre la fuerza de accion de la magnesia, por ejemplo, y la de la morfina, ni entre la del agua de lechuga y la del ácido prúsico; así el médico arregla sus dosis á la energía del medicamento, á la edad, á la constitucion del enfermo etc., mientras que la homeopatía no hace caso para nada de estas circuns-

tancias, administrando todas las substancias á unas mismas dosis. ¿Y no seria mortífera esta práctica sin la perfecta inercia de los glóbulos atomísticos?

(4) Para poder juzgar de la esperiencia de los homeópatas, voy á trasladar algunos párrafos de « La Homeopatía al alcance de todos, » del Dr. Fleuri.

« Poco dispuestos, dice, á creer á los homeópatas sobre su palabra, pero deseosos de ilustrarse acerca de un método terapéutico, á que se atribuía una eficacia cuasi constante, los médicos de la antigua escuela principiaron por reducirse al modesto papel de espectadores, y sometieron la práctica de sus afortunados compañeros, á un exámen imparcial, pero riguroso en sus deducciones, y sobre todo en la veracidad. Hé aquí algunos de los resultados que obtuvieron.

1. « Con la autorizacion del rey de Nápoles se instituyó una clínica homeopática en el hospital militar, bajo la direccion del caballero Cosme Horatii, médico homeópata, y bajo la vigilancia de una comision compuesta de dos profesores de la universidad, dos miembros de la academia médico-quirúrgica, y otros dos de instruccion pública y gefes de servicio de aquel establecimiento. Cuidóse, al hacer la eleccion de los enfermos, de separar aquellos que parecian necesitar un plan enérgico y activo, á fin de no esponer la vida de ninguno.

Lo primero que se hizo fue ensayar si algunos enfermos curarian sin ningun remedio; y al efecto, se puso en observacion á diez de estos, no sin gran disgusto de los homeópatas, que aseguraban que esta espectacion iba á comprometer la vida de muchos; pero los diez se curaron.

Seis enfermos, atacados de afecciones de poca importancia, se curaron por el método homeopático; pero *sin haber presentado ninguno de los efectos atribuidos á la accion de los glóbulos*. Los demas enfermos que sufrieron afecciones mas graves, experimentaron, bajo la influencia del plan homeopático, accidentes que hicieron que se recurriese á las medicaciones ordinarias.

2.º Ciento diez y ocho camas se entregaron á disposicion del doctor homeópata Mabit, en el Hotel-Dieu de Burdeos. Al punto se proclamaron curaciones tan milagrosas como innumerables; pero por desgracia el Dr. Gué manifestó que, casi todos los enfermos que sa-

naron se habian sometido, antes de su entrada, y aun durante su permanencia en el hospital, á métodos alopáticos sumamente enérgicos (sangrías, sanguijuelas, vomitivos, purgantes, etc. etc.), que se habia administrado el sulfato de quinina en altas dosis *en secreto*, á los que estaban atacados de calenturas intermitentes; que muchos enfermos en vez de tomar sus polvos, se divertían en soplarlos y esparcirlos por el aire; y finalmente, que aquellos que parecia que habian seguido escrupulosamente el método homeopático, sucumbieron, experimentando accidentes y complicaciones mas ó menos graves, ó por lo menos quedaron en el mismo estado.

5.º En el mes de abril de 1832 M. Pointe, catedrático de clínica en el Hotel-Dieu de Lion, puso á disposicion de M. Guérard, que era uno de los médicos homeópatas de mas nombradía de la ciudad, una sala donde habia treinta camas. Designadas por el Dr. Guérard quince enfermedades agudas y crónicas, él mismo administró las dosis homeopáticas y prescribió el régimen; pero al cabo de diez y siete dias, se retiró voluntariamente, no habiéndose manifestado durante este trascurso de tiempo ningun resultado ventajoso, ninguna mejoría notable, como lo confesó muchas veces el mismo Guérard, interpelado sobre este asunto: habiendo sido preciso separarse tres veces de la doctrina de Hahnemann, de concierto con el mismo doctor, que tambien reconoció la necesidad de *hacerlo así*, y siendo ademas necesario sangrar con la lanceta, y no con una dosis homeopática de acónito, á enfermos atacados de pulmonía cuya existencia se hallaba comprometida.

4.º El Dr. Bailly, médico del Hotel-Dieu de Paris permitió á los señores Curie y Leon Simon, curar homeopáticamente algunos enfermos que tenia á su cargo. El mismo Curie llevó medicamentos que le habian llegado de Alemania, de la botica donde Hahnemann hacia preparar los suyos. Pasados cuatro ó cinco meses se retiró Curie, *sin que sanase un solo enfermo* de todos los sometidos á un plan homeopático.

5.º El Dr. Marmorat propuso á Leon Simon elegir en la materia médica, las diez substancias medicinales capaces de producir los fenómenos mas marcados, mas característicos y específicos, en la inteligencia que la preparacion se haria á la vista de M. Simon, ó por él mismo; que envuelto cada uno de los diez medicamentos en su cor-

respondiente paquete, con el rótulo tapado con un pliego, M. Simon tomaria al acaso el primero que se presentase, y le experimentaria en sí mismo ó en el sugeto que designase; que el papel rotulado que contuviese el medicamento; y los otros nueve paquetes, se colocarian en pliego sellado, y todo permaneceria cerrado hasta el fin del experimento; y por fin, que cuando Leon Simon diese este por terminado, deberia, segun los síntomas que hubiese observado, designar la substancia empleada. Aceptadas al principio estas condiciones con ardor, se desecharon al dia siguiente, habiéndolas meditado sin duda por la noche M. Simon, y no quiso hacer el experimento, mientras no supiese con anterioridad el nombre de la substancia.

6.º Un farmacéutico de Viena, célebre por la bondad de sus preparaciones homeopáticas, recibió un considerable pedido, pero fuese distraccion, fuese malicia, su primer mancebo, que era el que estaba encargado de remitirlas, mandó frascos que contenian glóbulos de azúcar de leche sin ninguna preparacion medicinal. ¡Considérese cuál seria la desesperacion de nuestro boticario á su vuelta! Todos los frascos le iban á ser devueltos, é infaliblemente perdia su reputacion, pues no teniendo virtud alguna los medicamentos, temia hubiesen sobrevenido funestas catástrofes! Pronto ya á revelar el funesto error cometido en su oficina, hubo de pensarlo mejor, guardó silencio, y se decidió á conjurar la tempestad. ¿Pero quién lo creyera? Ningunos medicamentos homeopáticos hicieron en Alemania mas milagros que aquellos: de todas partes se dirigieron felicitaciones á nuestro farmacéutico, y solo algunos homeópatas muy rigurosos echaron de ver que ciertas substancias eran demasiado activas.

« Los alópatas sin duda hubieran podido y debido detenerse aqui; no obstante, para ponerse á cubierto de todo reproche, y satisfacer todas las exigencias agotando todos los recursos exploratorios, resolvieron hacer en sí mismos muchos y decisivos experimentos.

« La accion pura de los medicamentos fue el primer objeto de sus investigaciones.

« El Dr. Panvini, experimentó en sí mismo un gran número de remedios preparados por homeópatas, y de este número eran la bionnia, la belladona, la pulsatila, etc., sin que de ellos resultase ningun efecto.

« Muchos de los alumnos que seguian la clínica do Recamier en el

Hotel-Dieu de Paris, y á quienes habia elegido un médico homeópata, como los mas instruidos, independientes y dispuestos á reconocer la verdad donde quiera que se hallase, fueron sometidos al régimen homeopático que observaron rigurosamente. Al mismo tiempo tomaron cada dia, primero uno, despues dos, luego diez, y en fin hasta ochenta glóbulos de los medicamentos mas activos, preparados en la oficina de M. Guibourt, único boticario en quien los homeópatas confiaban en Paris; pero ninguno de aquellos jóvenes experimentó el menor efecto sensible.

« El catedrático Andral obtuvo constantemente resultados negativos en un gran número de experimentos hechos con todo el cuidado necesario, á fin de asegurarse de su autenticidad; y no fue mas feliz Emery experimentando en sí mismo muchos medicamentos homeopáticos.

« Deseoso Trousseau de averiguar si la imaginacion de los enfermos podria producir fenómenos mas marcados aun que los que atribuyen los homeópatas á la accion de sus medicamentos atomísticos, hizo elaborar trescientos glóbulos de harina de trigo y otros tantos de almidon y los administró á un gran número de enfermos pertenecientes al servicio de Recamier en el Hotel-Dieu. ¿Será creíble? Bajo la influencia de este plan homeopático de nueva especie se manifestaron muchas veces los síntomas mas marcados, de un modo regular, y solo despues de haberse administrado las píldoras.

« Ultimamente, el catedrático Andral terminó esta serie de experimentos sometiendo á un método homeopático, en el hospital de la Piedad, á cincuenta y cuatro enfermos que padecian diversas afecciones, siendo constantemente nula en sus efectos la medicacion, y teniendo que apresurarse á recurrir las mas veces á la medicacion ordinaria para evitar accidentes. En vista de estos hechos, esclama Bouillaud, que lo mas acertado y seguro para acabar con la homeopatía, seria poderla imponer por penitencia á los homeópatas, y condenarles, cuando estuviesen enfermos, á ser curados segun su método.

« Los experimentos homeopáticos que he tenido la paciencia de continuar por espacio de cerca de dos años son muy numerosos, y deseando no traspasar los límites que me he propuesto me abstendria de mencionarlos, si no hubiese creído, que en razon de la im-

portancia y de la precision de los puntos de doctrina que estaban destinados á decidir, de las minuciosas precauciones con que fueron hechos, y de la escrupulosa exactitud de las deducciones que de ellos se han sacado triunfarian de todas las objeciones mas ó menos especiosas, que nunca han dejado los homeópatas de oponer á sus adversarios. Por otra parte, debo confesar que he mirado como una necesidad el indicar por lo menos, al terminar mi trabajo, los datos en cuya virtud me he creído autorizado para establecer alguna conclusion, en una cuestion que únicamente los hechos pueden decidir en último resultado.

• OBS. I. Despues de haber observado, por espacio de ocho dias, un régimen lácteo severo, y de haberme substraído á todos los olores fuertes, tomé por la mañana en ayunas un glóbulo de la nuez vómica de la trigésima dilucion. No habiendo podido percibir al cabo de treinta y seis horas y á pesar de la mas rigurosa atencion, ninguna sensacion que pudiera atribuirse á la accion del medicamento, tomé otro glóbulo de la vigésima dilucion; luego pasadas doce horas, una de la décima; y en fin, pasadas otras veinte y cuatro horas, durante las que no se habia manifestado ningun síntoma, tomé veinte glóbulos de la décima dilucion, que dieron el mismo resultado negativo.

Oigamos ahora á M. Bigel. — « La nuez vómica es un medicamento poderoso. Entre una multitud de síntomas cuyo número pasaba de mil, observados en diferentes sugetos de todas clases é individualidades, hé aqui los mas notables y que han despreciado la influencia de la individualidad, y se les ha ballado en todo tiempo, en todas partes, en los dos sexos y en todas las edades. Estos síntomas son inherentes á este remedio, y son inseparables de él como la luz es inseparable del sol. »

« Aturdimientos, vértigos, pérdida momentánea del conocimiento, compresion de la frente; el cuero cabelludo y la cara se cubren de granitos; tumefaccion en los ojos, ceguera momentánea, grietas, llagas, manchas herpéticas debajo de la barba, vacilacion de los dientes, aftas en la lengua, tos horrible, sueños espantosos, etc. etc. »

« Una decillonésima parte de gota de este medicamento es muchas veces una dosis demasiado activa. Hahnemann aconsejaba entonces no hacer otra cosa mas, que aplicar la estremidad del tapon de la redomita que contiene el remedio, sobre algunos granos de azúcar de

leche en polvo, los cuales reciben por este medio una actividad suficiente.»

«Sin embargo, por no faltar á la verdad, dirémos: que en esta circunstancia puede tal vez esplicarse la *resistencia de nuestra individualidad* á los síntomas inherentes á la nuez vómica. La administracion del remedio, dice Bigel, está principalmente indicada en aquellos sugetos que, á un genio inquieto, á un carácter vivo, ardiente y arrebatado, reúnen el ser maliciosos y malignos.

«Obs. II. Despues de haberme colocado durante cuatro dias, en las indicadas condiciones, tomé un glóbulo de pulsatilla de la trigésima dilucion; pero no habiendo experimentado ningun síntoma notable, volví á tomar pasados seis dias la mitad de un glóbulo semejante, y al cabo de otros dos dias la cuarta parte; pero el resultado siempre fué el mismo.»

«Sobre esto confieso que me encuentro en una gran perplejidad; porque Bigel declara «que administrado aquel medicamento en pequenísimas dosis (condicion *sine quâ non*) á individuos frios, flemáticos, sumergidos en la tristeza, que buscan la soledad, producen constantemente vértigos, compresion de cabeza, suspension momentánea de la vista, tumefaccion de los párpados, granos en el cuero cabelludo, grietas en los labios, otorrea, etc. etc.»

«Obs. III. Un glóbulo de acónito de la trigésima dilucion, pasadas veinte y cuatro horas, otro de la duodécima, y en fin veinte glóbulos de la cuarta dilucion, no produjeron en mí ninguno de los fenómenos que pertenecen á la diátesis inflamatoria, dando el pulso constantemente sesenta y ocho pulsaciones por minuto el primer dia; el segundo sólo sesenta y dos, y aumentando el tercero hasta setenta. Pero á pesar de la mas profunda atencion, no pude descubrir en mí nada que se pareciese á los síntomas siguientes: — «vértigos, compresion de la cabeza, parálisis momentánea de la lengua, esputos sanguíneos, calentura, alaridos de desesperacion, miedo á los hombres, ansiedades de la agonía, etc.»

«Obs. IV. Por espacio de quince dias estuve tomando glóbulos de arsénico impregnados en todas las diluciones, concluyendo por tomar veinte glóbulos de la tercera, esto es,  $\frac{2}{100.000}$  de grano de arsénico, sin que se manifestase ningun síntoma. Hahnemann y Bigel me presagiaban: vértigos, extraordinaria hinchazon de la cara y de la ca-

beza, costras negras al rededor de la boca, sensacion de quemadura en todo el vientre (este síntoma es el característico del arsénico), sofocacion, convulsiones, epilepsia, consuncion, tumores cancerosos, debilidad, ansiedades que traen consigo la muerte.

Tambien fracasó el árnica; y la quina tomada á todas las dosis, desde la octillonésima parte de grano hasta un grano entero (100 granos de la primera dilucion), no produjo ninguno de los mil ciento cuarenta y tres síntomas, atribuidos por los homeópatas á la accion de un solo glóbulo de esta substancia en la fraccion trillonésima.

En fin: ¿qué mas podré decir? en mas de cien esperimentos, variados de mil modos, en cuanto á las substancias y á las dosis, hechos con los medicamentos tenidos por activos, no he experimentado nunca ningun síntoma, ni he podido llegar jamas á figurarme que se desarrollase en mí ninguna sensacion particular. Muchas veces, es verdad, me ha sucedido toser, esputar, sonarme, estornudar, sentir una punzada como de aguja en la pantorrilla, y una comezon en la espalda, *que desaparecia frotándome*; pero nunca ni en ningun caso he visto atrofiarseme la lengua, ni saltarseme los ojos de las órbitas, ni ponerseme negro todo el cuerpo, ni caerseme el pelo por espacio de una hora; jamas he vuelto, ni aun momentáneamente, sordo, mudo, ciego, paráltico, demente ni rabioso; nunca he mordido cuanto se me acercaba, ni gesticulado como los charlatanes, ni cogido por las narices á los transeuntes; y por último, si acaso alguna vez me ha sucedido decir desatinos, esto por lo menos no ha sido debido á la influencia de un glóbulo de mercurio.

Para averiguar en seguida si efectivamente las dosis homeopáticas deben su accion al modo como estan preparadas, y si como dice Bigel, *la frotacion es la causa de que se despierte un alma en una substancia antes inerte é inanimada*, ensayé una serie de esperimentos comparativos, esto es, tomé ó administré dosis iguales de esta misma substancia, las unas homeopáticamente preparadas, y las otras conteniendo el medicamento en su estado natural; y puedo asegurar que en ningun caso eché de ver una diferencia notable en la accion de las dos dosis, y que si hubo alguna ligera, fué *en menos* con el medicamento homeopático, siendo fácil prever este resultado, supuesto que incorporando la substancia medicinal con una considerable canti-

dad de substancia inerte, esta debe necesariamente atenuar el efecto de la primera.

Omito, por brevedad, las observaciones que siguen; y porque de lo dicho se deduce claramente: que basta observar bien y razonar bien, para que entre la esperiencia y la razon no se observe contradiccion ninguna.

